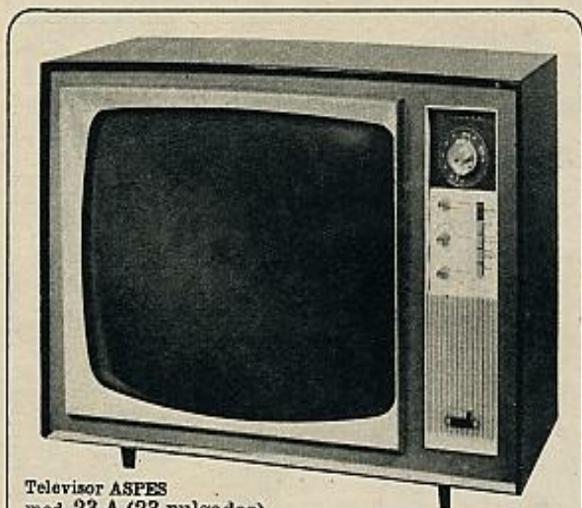


Aquí le presentamos una máquina **aspes**



EL



Televisor ASPES
mod. 23 A (23 pulgadas)



Televisor ASPES
mod. 19 A (19 pulgadas)

La pantalla es negra. Un televisor de pantalla negra significa para su dueño descanso visual completo... Está, además, concebido para obtener siempre una imagen regularmente luminosa. En el teclado de mandos, indica UHF. Y en el interior hay un espacio y conexiones a punto para incorporar inmediatamente el sintonizador UHF (Ultra High Frequency).

Es un televisor diseñado para poder recibir el segundo Programa de T.V.E.

Es una máquina ASPES para complacerle

MODELOS	PRECIO (incluido impuestos)
19A (19 pulgadas)	16.965 pts.
23A (23 pulgadas)	20.915 pts.

aspes viene a servir el "plan máquinas para el hogar" que hoy tiene cada pareja. En su "plan" haga cuentas con **aspes**



FUNCIONA EN SU HOGAR.

La Iglesia tiene una grave tentación: la del clericalismo. Mirando a la Historia de hace unos años, se ve que ése ha sido uno de los grandes males que la han aquejado.

Un obispo llegó a afirmar en el Concilio que «el clericalismo es el enemigo número uno de la Iglesia» (monseñor Koslowiecki).

Y esto no es doctrina nueva. El cardenal Salviège hace unos años, había afirmado: «La Iglesia reprueba el clericalismo». Igual que lo hizo el cardenal Cerejeira diciendo: «Repugna a la Iglesia el clericalismo».

Nuestro arzobispo de Valencia, en una pastoral que tuvo mucha resonancia en la prensa española, dijo que «la Iglesia (es) ajena del todo al clericalismo».

El fenómeno clerical, de que hablan todos estos jefes de la Iglesia, no es sino el afán de suplantar la decisión personal del seglar que, a veces, ha tenido el clero (lo mismo obispos que sacerdotes).

Y esta suplantación, este desprecio de la personalidad del seglar, ha ocurrido históricamente de muchas formas. Yo me fijaré en cuatro: 1) el clericalismo de derechas; 2) el clericalismo de izquierdas; 3) el clericalismo de los teólogos; y 4) el clericalismo paternalista de la Iglesia.

clericalismo de derechas

Yo me acuerdo que, en tiempo de nuestra República, el día de la Prensa Católica se hacía propaganda en la puerta de las Iglesias de los periódicos políticos.

Lo chocante era que la propaganda que se hacía de ellos era religiosa. Se esgrimían razones de esta clase para convencernos de la necesidad de seguir las ideas de uno u otro diario.

Se repartían a la entrada de los templos unas hojitas donde se decía que los suffragios de la jerarquía iban a su favor.

Estas ideas políticas legítimas no se fundamentaban en la libre opción temporal que tiene todo católico. Este es libre ante cualquier idea terrena (política, económica, cultural o social): con tal de que no sea opuesta a la Iglesia. Se hacía valer, en cambio, la opinión de la jerarquía eclesiástica.

El clima era propicio a este clericalismo de derechas: por eso nos prestábamos —sin darnos cuenta— a una «absorción de las actividades profanas por la autoridad eclesiástica» (cardenal Cerejeira).

En aquella época, ante los excesos de las izquierdas, no se veía casi más posibilidad para un católico que militar en un partido político de derechas. Y, para decidirnos a adoptar uno u otro, se blandían argumentos de orden religioso.

Esto que pasaba en España, ocurría en forma análoga en otros países: era la época del confusionismo en torno a los partidos católicos.

Sin embargo, la doctrina de los Papas era clara: León XIII había subrayado que, «los católicos, como todo ciudadano, tienen plena libertad de preferir una forma de gobierno a otra», y que «complicar a la Iglesia en política de partidos, o utilizarla para vencer a los adversarios, es abusar gravemente de la religión».

San Pío X, a quien tanto utilizan los integristas, había dicho también algo muy serio: «No se puede exigir a nadie la entrada en un determinado partido político, con exclusión de otros, insistiendo en la obligación de conciencia».

Y en el terreno económico y social, Pío XI había enseñado la misma doctrina: «Las organizaciones económicas y profesionales... deben conservar su autonomía y su propia responsabilidad en el terreno técnico; igual que los partidos políticos deben permanecer autónomos en su campo y los únicos responsables de su actividad, aunque estén formados por católicos». Teóricamente parecía la Santa Sede poco propicia a los partidos oficialmente católicos, tal y como en la práctica se concebían y actuaban.

Vemos así claramente que no se encuentra nada en la doctrina de los Papas que autorice directa o indirectamente el clericalismo político o social.

Ni siquiera lo que se ha llamado doctrina social de la Iglesia puede ser un programa. Algunos partidos de derechas han dicho, a veces, que el único programa social que propugnaban eran las encíclicas de los Papas. Error enorme y de incalculables consecuencias, porque la doctrina de la Iglesia sobre estas materias es solamente una doctrina moral sobre los problemas sociales, pero ni ha pretendido ni pretende dar soluciones concretas: ésas quedan a la iniciativa e inteligencia de los católicos. La Iglesia «no defiende ningún programa político, social o económico» (Pío XII); y por eso «jamás ha presentado la Iglesia un sistema técnico en el terreno económico y social» (Pío XI).

Hoy en día, algunas veces, han vuelto a suceder en el mundo incidentes desagradables, como el ocurrido en Puerto Rico en vísperas de las elecciones presidenciales americanas, en las que salió triunfador Kennedy.

Los portorriqueños querían votar a Muñoz como Gobernador-Presidente del país. La jerarquía católica, sin embargo, se opuso a que los católicos le eligieran, a causa de su significación izquierdista y dudosamente católica.

CLERICALISMO

Sin embargo, los obispos norteamericanos —y no nos olvidemos lo vinculado que está Puerto Rico a Norteamérica— aclararon muy bien que esa oposición no podía ser obligatoria en conciencia para los católicos (así lo declaró, por ejemplo, el cardenal Spellman a los periodistas). Se trataba de un asunto temporal en el que los cristianos debían decidir con arreglo a sus sinceras convicciones políticas. Y el hecho fue que salió Muñoz elegido contra el deseo de la jerarquía católica local.

Los portorriqueños no sé si acertaron o no en su decisión; pero tenían una legítima autonomía para decidir lealmente lo que creyeran más conveniente para el país, sin dejarse sólo guiar por móviles religiosos, ya que la finalidad del Estado es puramente natural.

clericalismo de izquierdas

WOY, en cambio, en muchos ambientes católicos tiene poca predicamento la postura de derechas. El izquierdismo se lleva las preferencias. Y algunos sacerdotes justifican esta postura suya diciendo que así compensan con su ejemplo la actitud conservadora que, en casi toda Europa (y también en España), adoptaron ellos en gran parte, antes de la guerra mundial.

Pero el error no es ser ésta una postura de derechas o de izquierdas, sino estar dictada por móviles fundamentalmente religiosos: se realiza con ella una confusión de campos que no puede tolerarse. Lo que a los seglares nos molesta no es el clericalismo de derechas, sino el clericalismo a secas, lo mismo si es de derechas que de izquierdas.

Somos nosotros los que, con toda lucidez y responsabilidad, tenemos que decidir en este terreno temporal. El «progresismo», que tanto ha combatido en estos años la Iglesia, es el último intento sutil de hacerle aceptar a la religión posturas sociales avanzadas, por motivos cristianos que son erróneos. Esta actitud, en el fondo, es un clericalismo de super-izquierdas. No se acuerdan que «la Iglesia no está atada a ningún régimen político, ni a ningún régimen económico»; «ni estigmatiza absolutamente los regímenes políticos o económicos» que le son contrarios; sino «sólo condena los errores que hay en ellos», y que son de carácter religioso-moral (monseñor Ansel).

clericalismo de los teólogos

LOS que se suelen llamar integristas católicos, no sé si con razón o sin ella, pero sobre todo los del movimiento titulado «La Cité Catholique», me son en algunas cosas muy simpáticos, a pesar de que no pienso como ellos. Y es, sobre todo, por su decidido «anticlericalismo» de buen estilo.

Jean Madiran, el inteligente periodista francés, en su incisiva publicación «Críticas a la Ciudad Católica», señala con gran acierto el clericalismo de un jesuita de «izquierdas», el padre De Soras.

Le eche en cara este escritor al religioso que, a pesar de su mentalidad avanzada, no da beligerancia a los seglares ante los documentos pontificios. Nos considera como menores de edad mental, de tal manera que el buen padre jesuita se encuentra en la obligación de adoctrinarnos sobre lo que tenemos que pensar acerca de lo que dicen las encíclicas de los Papas. Estoy totalmente de acuerdo con Madiran en que la reflexión religiosa no es patrimonio del clero, sino de todo fiel cristiano. Y, a veces, como señalaba muy bien el cardenal Newman, aclaran menos con sus tecnicismos escolásticos los clérigos que son teólogos, que el simple fiel, pensando su fe. El cristiano que vive la fe en profundidad, que lee los documentos que le dirigen a él (y no a los teólogos) los últimos Papas, y ahora el Concilio, acierta más con el sentido doctrinal esencial, que muchos especialistas que a fuerza de analizar pierden las esencias cristianas de lo que leen. El ejemplo de la «Pacem in terris» es bien significativo. Y esto aunque el seglar no pueda captar todos los matices de la doctrina de la Iglesia.

Lo que ciertamente hay que afirmar es que «la teología no es patrimonio exclusivo de los clérigos, ni está reservada sólo para los teólogos» (Aladama, S. J.).

La historia de los primeros siglos de la Iglesia nos muestra que los principales escritores religiosos fueron seglares: Hermas, San Justino, Minucio Félix, Tertuliano y Orígenes (que fueron seglares gran parte de su vida), Lactancio, y otros muchos. Después hubo grandes teólogos, sobre todo en Oriente, que no fueron sacerdotes: Sozomeno, Didimo, Abelardo, Raimundo Lulio, Cabasilas, Enrique VIII y Tomás Moro son unos cuantos botones de muestra.

En el siglo pasado, en Rusia, los principales teólogos fueron seglares: de tal modo que desde el año 1800 hasta ahora se cuentan cincuenta nombres de primera categoría. Algunos como Komiakof, Solovief, Berdief y Bulgakof han renovado la teología, y nuestros obispos católicos orientales se inspiran en ellos.

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Si la teología estuviera más en manos de los seglares, hubiéramos conectado mejor con los problemas de nuestro mundo, y no estaríamos tan atrasados en comprender las necesidades religiosas de los hombres del año 1964.

clericalismo interno

EL Papa Pío XII, que hoy está de moda denigrar, pero cuyo pensamiento fue la base de la reforma emprendida por Juan XXIII y Pablo VI, afirmó muy claramente la «mayoría de edad» de los seglares en la Iglesia.

Cuando Pablo VI habló diciendo que hoy era «la hora de los laicos» no hizo sino repetir lo que había dicho años antes su propio maestro.

El fiel seglar tiene un papel activo dentro de la Iglesia; una postura meramente pasiva ya no se comprende. Y, sin embargo, todavía en un libro famoso, escrito por un conocido teólogo, y recientemente traducido al castellano, se dice: «La primera división... en los miembros de la Iglesia es la de clérigos y laicos», y sigue afirmando con el mayor aplomo, «lo cual equivale, poco más o menos, a la distinción entre superiores y súbditos»; pero, por si esto fuera poco, remata su pensamiento subrayando que «la condición de los seglares es, de por sí, pasiva».

¿En qué estaba pensando el buen padre cuando escribió eso, que no recordaba lo que había dicho Pío XII años antes: «Todos los miembros de la Iglesia están llamados a colaborar en la edificación y perfeccionamiento del cuerpo místico de Cristo; todos son personas libres y deben ser, por tanto, activos»? ¿Qué perspicacia tenía este religioso que no previó que el Concilio Vaticano II iba a decir: «Los sagrados pastores deben promover y reconocer la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesia»?

Hay que confesar ciertamente que hasta hace bien poco se nos había tenido, en buena parte, en la Iglesia (aunque sólo fuese en estos últimos siglos) como dóciles corderos que sólo esperan órdenes. El mismo Pablo VI reconoció noblemente que en esta época «el seglar era un buen fiel y un buen oyente», porque la jerarquía eclesial «había acaparado en sí completamente tanto la responsabilidad, como el ejercicio, de todo ministerio santificador y evangelizador».

¿Dónde estaban ya aquellos primeros tiempos de la Iglesia en que el seglar participaba, junto con los sacerdotes, en la elección de su propio obispo; o administraba la Comunión a los hermanos; o era la voz de la fe en los Concilios, como ha recordado monseñor Slypij?

El Concilio Vaticano II, siguiendo a los últimos Papas, ha dado sin embargo un paso gigantesco. Ha aceptado las dos grandes verdades tradicionales de que «la Iglesia sin laicos carece de sentido», como afirmó el cardenal Newman en el siglo pasado; y que «el laico no puede ser el que escucha y calla», como dijo hace poco el cardenal Léger.

Nosotros ya no somos ese seglar que formaron algunos sacerdotes hace pocos años «sumiso, obediente y humilde, al que faltaban esas virtudes básicas del sentimiento de su dignidad, de su responsabilidad, de la libertad de los hijos de Dios, de decisión, de valentía y de sinceridad» (padre Pío Parsch).

TENGAMOS cuidado de superar plenamente todo clericalismo, porque si no se puede evincar una peligrosa edad: la de la reacción anticlerical resentida y violenta; o lo que sería peor: la indiferencia hacia una Iglesia que tuvo maniatados a los seglares, por medio de algunos clérigos. «Los laicos no sólo deben ser considerados, sino tratados como adultos», porque «la primera tarea de la Iglesia es limpiarse del clericalismo» (monseñor D'Souza).

La Acción Católica, y todos los movimientos apostólicos, deben adquirir esta mentalidad nueva en sus estructuras. Hay que evitar el defecto que monseñor de Vet atribuía al esquema conciliar de apostolado seglar: «El esquema puede dar la impresión de que por medio del apostolado y la Acción Católica, la Iglesia intenta establecer una civilización clerical».

Reflexionemos sobre lo que decía el cardenal Suenens en el Concilio: «Al principio era útil que la jerarquía organizase ella misma el apostolado de los seglares; pero hoy, que los laicos han despertado, los tiempos han cambiado». Habría, quizá, que dar más flexibilidad, autonomía y responsabilidad a las organizaciones apostólicas tanto en la elección de sus dirigentes, como en la marcha de sus actividades y trabajos. Así terminaríamos de una vez con cualquier resto de clericalismo, como pedían varios padres conciliares en esta tercera sesión.

Nuestra tarea ha de ser: «Renovar y reformar la Iglesia, y abdicar de todo clericalismo» (monseñor D'Souza).